

## Revolución y larga duración<sup>1</sup>

Jorge Luis Acanda<sup>2</sup>

El historiador norteamericano Christopher Lloyd afirmó que la prueba fundamental de la validez de una metodología de la investigación histórico-social, reside en su capacidad de dirigir la atención teórica y empírica a estudiar cómo la acción de los hombres, el pensamiento y las estructuras interactúan causalmente en el tiempo.<sup>3</sup> Traigo esta idea a colación, porque precisamente hacia este complejo entramado de las concatenaciones entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo material y lo espiritual, y hacia el viejo y nunca bien resuelto problema del papel de los hombres (y del individuo, en singular) en los procesos sociales, me conducen las estimulaciones surgidas de la lectura del artículo de Michel Vovelle, que según tengo entendido data de 1979, y del ensayo de F. Braudel, que

1. Tomado de la obra *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Editorial Grijalbo, 1988, reproducido en Luis M. de las Traviesas Moreno y Gladys Alonso González (Editores), *La Historia y el oficio de Historiador Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1996, pp. 53-58.
2. Doctor en Filosofía y especialista en Surgimiento y Evolución del Pensamiento Filosófico Marxista, en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana y autor de varios artículos referidos a la problemática marxista.
3. Christopher Lloyd. *The structures of history*. Oxford, Blackwell, 1993, p. 127.



aquel toma como punto de referencia, publicado en 1958 en los *Annales*...

Hago referencia a las fechas de aparición de estos trabajos, y no por gusto: 1958, 1979 y 1994 –año en que escribo estas líneas–. Tres fechas que se ubican en tres épocas históricas bien definidas, diferentes entre sí. ¿Qué ecos pueden despertar ellas en un francés, o más específicamente, en un historiador francés? ¿Qué otras resonancias, propias y diferentes, pueden provocar para un cubano que se dedique a la teoría social? Al plantear estas preguntas, no hago más que proponer, como un primer momento de la discusión, la problemática hermenéutica de las muy específicas claves que, en un texto escrito, puede descubrir un sujeto insertado en un diferente contexto epocal y temporal, en otro sistema cultural de referencias.

Toda lectura que quiera ser apropiativa resulta, a la vez, una recreación de otro texto. Nunca es más fecunda una obra que cuando es susceptible de estimular reflexiones, pero aún más, cuando ella contiene la posibilidad de vibrar en sincronía con las muy específicas precauciones, intereses, interrogantes, urgencias, de alguien que, tal vez situado en las antípodas referenciales del autor, toma esa obra como punto de partida de sus propias reflexiones. No es otra la intención de estos seminarios: conocer estas discusiones entre los historiadores franceses, para utilizarlas como catalizadores de nuestros debates y urgencias. Los organizadores del debate han sabido evitar la idea de la “aplicación”, evocadora de tanta copia infeliz, y han aclarado que los anima el propósito de la “incitación”. Incitación a pesar.

En 1958, el propósito de Braudel era el de proclamar la necesidad de la interdisciplinarietà, de derribar los límites entre



las distintas ciencias sociales para poder escribir la historia. La “finalidad práctica” de su artículo radica en lograr

*“que las ciencias sociales dejen de discutir sobre sus fronteras recíprocas (...) que intenten más bien trazar (...) las líneas (...) que pudieran orientar una investigación colectiva y también los temas que permitieran alcanzar una primera convergencia”.*<sup>4</sup>

Veinte años después, e intentando pasar balance a la discusión a que convocaba Braudel en las últimas líneas del ensayo<sup>5</sup> y a los resultados concretos de ésta, creo descubrir en el artículo de Vovelle un desplazamiento de lo que se enfoca en primer plano: el interés se ha corrido hacia el entrelazamiento de “el hecho histórico” y las “estructuras”, a la “nueva dialéctica del tiempo corto y el tiempo largo”.

El tema de la relación entre la comunidad y la ruptura ocupa el centro de las reflexiones del artículo de Michel Vovelle. Se destaca cómo la “larga duración”—es decir, la investigación histórica de largos períodos epocales en busca de lo constante, lo repetido, lo estable— ha sido privilegiada por muchos historiadores, como rechazo a lo que él denomina una historia “historizante”, centrada tan sólo en el hecho histórico, que se impone un breve ámbito cronológico a su investigación, y que sólo destaca la irrupción de lo nuevo, la discontinuidad, la ruptura, el salto.

La irrupción de la “larga duración” ha significado un cambio en lo que Vovelle llama “el campo histórico”. Para el historiador ya no bastaría con estudiar lo político y lo económico, tendría

4. Fernand Braudel. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 105.

5. *Ibidem*, p. 106.



también que irrumpir en esferas hasta ahora exclusivas de otras ciencias: en el terreno de las costumbres, de los ritos, de las mentalidades. Para decirlo brevemente: en el campo variado y complejo de la cultura.

Esto entraña un peligro para la historia como ciencia: buscando el hilo de la continuidad, intentando captar el sentido de los acontecimientos, rastreando lo común en momentos cronológicos diferentes, se llega a la interpretación de la historia como la resistencia al cambio, como la continuidad, la evolución absoluta, sólo alterada aquí y allá por explosiones de la irracionalidad, que sólo significan pérdida de tiempo y energías, y una demora en la solución de aquellas tareas que se iban incubando lentamente: las revoluciones. Una forma asaz conservadora de escribir la historia, en la cual se llega, como señala este autor, a esfumar no sólo el concepto de la revolución, sino la revolución misma.

Uno de los más célebres representantes de la “larga duración”, Le Roy Ladurie, al estudiar la continuidad estructural de cuatro siglos en el Languedoc, encontró hacia 1720 el comienzo de la ruptura de esa continuidad; ruptura que no habría de hacerse dramáticamente visible sino hasta casi 60 años después. Valdría aquí recordar esta idea de Lucien Febvre: “Desde los principios de la Humanidad, si bien es cierto que todo se transforma, nada se pierde”.<sup>6</sup>

Evidentemente, para los historiadores franceses, la discusión en torno a la continuidad o la ruptura no es una simple discusión metodológica, sino una preocupación vinculada a un acontecimiento tan deslumbrante y significativo como

6. Robert Mandrou. *Introducción a la Francia moderna (1500-1640)*. México, Ed. UTEHA, 1992, p.12



la Revolución de 1789; hecho que se alza como referencia necesaria ante todos ellos, sea la esfera social o el contexto cronológico del que se ocupen. No por gusto, la dialéctica “larga duración—hecho histórico” se remite en más de una ocasión, en este ensayo de Vovelle, al tema de la Revolución y del sentido de la historia. Debo confesar que esto fue lo que atrajo más fuertemente mi interés en él, y en el cual pienso que radica la pertinencia de que conozcamos este debate y lo reinsertemos de manera adecuada en nuestro medio. Después de todo, no sólo los franceses se ven obsesionados con su revolución. Los historiadores cubanos, y también todos los que se ocupan de una u otra disciplina social en nuestro país, tienen necesariamente que enfrentarse con el hecho de que somos una nación que ha vivido, convivido y sobrevivido a cuatro revoluciones en el transcurso de poco más de un siglo. Y además de vivirlas, convivirlas y sobrevivirlas, tenemos ahora que revivirlas, al menos en nuestra memoria histórica y en nuestra reflexión.

Vovelle llama la atención sobre la necesidad, al hacer esta historia de la larga duración, de no perder la dialéctica de la continuidad y la discontinuidad, del cambio y la persistencia, de la evolución y la revolución. Dedicarse al tiempo “largo”, según Vovelle, trajo dos consecuencias para la historia como ciencia: por un lado, una modificación en el campo histórico. Hay que historiar no sólo lo económico y lo político, sino también los ritos, los gustos, las leyendas, las tradiciones, etc. Es decir, toda esa región compleja de lo subjetivo, y que podemos agrupar convencionalmente bajo el nombre de “cultura”. La historia tiene que entenderse como el cambio cultural<sup>7</sup> y eso entraña

7. Michel Vovelle. “La historia y la larga duración”. En Jacques Le Goff. *La nouvelle histoire*. Paris, Éditions Complexe, 1988, p. 89.



una formidable dificultad, porque en ninguna región, como en “lo cultural”, el hombre ha cambiado tanto para, a la vez y paradójicamente, haber cambiado tan poco.

Lo cultural constituye el campo privilegiado de las resistencias al cambio, de las inercias. Pero también, el lugar donde de manera más exhaustiva y dramática se advierte la huella de la revolución, de la irrupción de lo nuevo, y del choque y coexistencia de la revolución, de la irrupción de lo nuevo, y del choque y coexistencia de lo inercial y lo dinámico, que busca el cambio. Llegamos así a la segunda consecuencia que Vovelle anuncia: el descubrimiento de los distintos tiempos históricos (las sincronías en el desarrollo de las distintas esferas sociales, situación que motivó a Marx y a Freud). Es decir, al hecho de que estas distintas esferas que estructuran el todo social son asincrónicas, se mueven bajo ritmos diferentes. Y es preciso investigar y conocer estos tiempos.

El giro hacia la subjetividad y, específicamente, hacia el estudio de las mentalidades, trae aparejado el riesgo de hipostasiar lo que él llama “las invariantes” o “constantes” históricas, lo que se perpetúa, y negar el cambio, la irrupción de lo nuevo. En resumen, arribar a una historiografía conservadora, que valora negativamente la revolución y que cuestiona todo cambio brusco, toda mutación.

Pero la historia, como ciencia, no puede consistir en el mero historiar de los tiempos distintos de los diferentes objetos o esferas que integran una época, viéndolos como autónomos unos de otros. El rechazo a la historia historizante no puede tener como resultado las múltiples historias de larga duración de fenómenos presentados en su inconexión, que haga dejación de la inserción del hecho en una continuidad. Ni la visión de un tiempo largo, empantanado en una historia inmóvil, ni la visión



de las múltiples regiones de lo social como autónomas. Vovelle clama entonces por la necesidad de lo que yo me tomaría la libertad de llamar una historia totalizadora, capaz de confrontar, establecer correlaciones, sistematizar.

En esencia, una historia que busque descubrir la racionalidad en el despliegue y devenir de los acontecimientos. Establecer el complejo entramado de lo económico, lo político, lo subjetivo, etc., para captar la regularidad, la ley de funcionamiento del todo social constituido. Al llegar a este punto, estamos topando con la filosofía. El tema de la racionalidad de la historia es el tema por excelencia de la filosofía, lo que ha constituido su tema central desde el siglo XVI. De todo esto, creo que podemos extraer los siguientes puntos, como propuestas para la reflexión, más que como conclusiones.

La primera, si Vovelle tenía derecho a la redundancia para designar como “historia historizante” a la mera hechología, y rechazarla por insuficiente, y rechazar también una historia del tiempo largo empantanada en lo inmóvil, no lo tiene menos al decir que la salida está tan sólo en una historia que más arriba apellidé como “totalizadora” buscando un término que expresara su determinación cualitativa, pero que también, en tanto historia que tiene en la captación de lo racional su objetivo, puedo bautizar, ya más provocadoramente y esperando ser comprendido, como una historia filosofante. Con ello destaco tan sólo lo que todo filósofo sabe desde Hegel: la confluencia de la filosofía y la historia, en tanto disciplinas. En 1844, Engels afirmó que la historia constituye la solución de ese enigma que se llama hombre. El objetivo de la historia y la filosofía colusionan en la búsqueda de la aprehensión de la dialéctica de lo estable, lo repetido, lo inercial, y de lo dinámico, lo nuevo, lo cambiante.



La segunda estaría en consecuencia con la anterior. Cada vez más, se borran las fronteras entre las distintas ciencias sociales. Todas tienen que recurrir a la historia, y la historia tiene que servirse de todas ellas. Cuando, como expresión suprema del carácter totalizador, racionalizante, de la historia de larga duración, que predicaban Vovelle y Braudel, se pide realizar la historia del tercer nivel o historia de las mentalidades, se convoca a una labor que posee tanto de historia como de antropología, como de psicoanálisis y psicología.

De aquí extraigo una tercera idea. Si historiar el campo de lo subjetivo, o, mejor dicho, las distintas esferas que conforman, con sus tiempos diferentes, lo subjetivo, es tarea inexcusable de los historiadores, entonces se está abriendo ante ellos el nuevo campo de lo irracional. En la primera propuesta que hice, dije que la historia de tiempo largo tiene como una exigencia el descubrimiento de lo racional. Ahora, en el otro extremo, vemos que ante ella también se abre el campo de lo irracional. Si la necesidad de una percepción sistematizadora llevaba la historia a la necesidad de vincularse con una metateoría crítica que puedo llamar, ateniéndome a la puridad de los conceptos y no a su prostitución por los exégetas, como concepción materialista de la historia, la necesidad de incluir también a lo irracional la obliga, por este otro extremo, a vincularse con esa otra metateoría crítica llamada psicoanálisis. Conjunciones difíciles, pero necesarias. Y por otra parte, posibles, como lo demuestra más de un ejemplo feliz. Como dice el marxista húngaro-alemán Georg Lukács en un lúcido ensayo que recomiendo constantemente a mis estudiantes, pese a lo hermético de su lenguaje: la tarea del pensamiento racional-



totalizador consiste en expresar lo irracional en su conexión con lo racional.<sup>8</sup>

Creo que aún puedo extraer una cuarta reflexión del texto de Vovelle. El análisis de cualquier revolución tiene que efectuarse en la perspectiva de la larga duración, buscando los criterios para su evaluación histórica no sólo en lo que ella ofrece como ariete tras el cual irrumpe lo nuevo, sino también en lo que ella deja como permanente, en la huella –o las huellas– que deja no sólo en los estrados del “primer nivel” (léase la economía), sino en los del tercer nivel, en los de la subjetividad, en ese campo difuso y difícil de la mentalidades. Evaluarla teniendo en cuenta la medida en que ella contribuye, con sus logros y realizaciones, con sus errores o fracasos, a la continuación y solución de aquellas problemáticas que, incubándose durante el “tiempo largo”, determinan la identidad real de un pueblo.

Al final del ensayo, el autor destaca la necesidad de establecer correlaciones entre las diferentes esferas sociales y de jerarquizar. Pero jerarquizar implica el establecimiento de criterios. Y estos criterios sólo podrán ser válidos si reflejan la unidad de lo material y lo espiritual, de lo racional y lo irracional. Aquí tal vez se espera que haga referencia al tan discutido concepto de modo de producción, o a los no menos debatidos de base y superestructura. La referencia resultaría legítima, siquiera fuera porque el propio Vovelle los toca en más de un pasaje. Pero realmente sobre el concepto que quiero llamar la atención, por habersele prestado mucho menos entre los historiadores, es al de “bloque histórico”, desarrollado por Gramsci. Con este concepto, su autor intentó captar la

8. Georg Lukács. *Historia y conciencia de clase*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 375.



compleja conexión de lo económico, lo político y lo ideológico, utilizando el machihembramiento de ellos como criterios para delimitar un período histórico del otro, y también para evaluar la revolución y su real fuerza destructora y creadora. No es éste el lugar para desarrollar la idea, sino tan sólo para esbozar ésta, al igual que las otras propuestas.

